

MASCERDA

La gente habla a mis espaldas. Me juzgan. Sé lo que dicen y pueden irse al infierno. Si soy rancio y sobre todo ateo, es porque motivos tengo.

Marcela era nuestra profesora de música. Ella no era buena profesora ni tampoco buena persona.

Buscaba la debilidad de cada niño y presumía en encontrar buenos motes para nosotros.

Yo, Nico de Nicolás, era Nicanor el del tambor.

Era una madura mujer soltera. Recuerdo que carecía de cintura. Era como si ningún amante le hubiera moldeado con las manos el cuerpo de mujer. Era rectilínea de afectos y sinuosa de rencores.

De Marcela le pusimos Mascerda.

Su aula era diferente a todas las del colegio. No había mesas. Eran solo sillas pegadas a la pared. En fila. De la A (Amago) a la Z (Zapatero), nos disponíamos ordenados. No había personalidad de grupos ni charlas.

Había un retrato de un señor despeinado llamado Beethoven con una expresión cabreada que me miraba y sin dudar, me conocía por Nicanor el del tambor.

Mascerda enseñaba únicamente flauta. Ese día nos evaluaba, de la A a la Z, uno por uno. Debíamos tocar "La tarara", nunca lo olvidaré.

Mis compañeros iban ejecutando (no se podría decir de otro modo pues era como si fusilaran la canción nota a nota) el tema popular.

*la tarara si, la tarara no,
la tarara Madre que la quiero yo*

Mi turno se acercaba.

- ¡Esta nevando! - gritó Gamarra (el de la guitarra).

Corrimos descontrolados a las ventanas. Era cierto. Nevaba a grandes copos de febrero.

- Niños a vuestros sitios... ¡Mariola la de la viola! ¿es que no me oyes?

Nos costaba obedecer su orden a la primera. No siempre nevaba en medio de la evaluación de flauta. Escudados los unos en los otros ensayábamos inconscientes la desobediencia escolar. Y Mirábamos atónitos caer la nieve.

- ¡A vuestros sitios! ¿nos quedamos castigados hasta la noche?

Mascerca vociferaba sin cintura ni caderas.

Tocó el timbre. Salimos corriendo al patio y nos bañamos en nieve los unos a los otros. La guerrilla de bolazos era masiva y pronto toda la nieve que pudo haber cuajado en el suelo volaba por el aire.

Pasamos la tarde con la nevada.

Cuando llegué a casa los dedos me dolían y estaba empapado. Mi madre me metió en una bañera con agua caliente y me explicó lo que eran los sabañones. Era maravilloso tener madre.

Después coloqué en la chimenea la cartera y los libros, y la flauta, a secar.

Esa noche me dormí viendo caer nieve dentro de la oscuridad de mis párpados cerrados.

Había unos hombres tallando, con útiles de carpintería, una figura de mujer. Pero se les olvidaba hacer la cintura y su cabeza era la de Beethoven.

Cuando desperté me dolían un poco los oídos.

Todavía sin desayunar un imprevisto hallazgo truncó la mañana: Una grieta desfiguraba mi flauta de madera; toda la noche al amor de las brasas. Los agujeros afectados por la desgracia eran el sol y el fa.

Un terror de magdalenas y café caliente me quemaba en el pecho. La tarara sin sol ni fa. Imposible. Oculté la flauta en su funda. Esperé mi oportunidad.

- Nico ¿que te pasa en los oídos ? desayuna.

- Nada.

- Pues quítate las manos y desayuna.

- Me duelen un poco.

- Ay, ayer cogiste frío...tanta nieve, tanta nieve. Voy a buscar el termómetro.

Mi madre solía ponerme el termómetro en el ano. Me advertía muy seria del peligro que suponía moverme. Yo permanecía inmóvil boca abajo en la cama..

Pero ese día me lo colocó en la axila y dijo:

- Ahora vengo.

Yo decidí moverme. Me acerque al fogón que hacía hervir agua para un te.

Sumergí la punta del termómetro y esperé.

Los pasos de madre se acercaban. Regresaba. Saqué el cristal. Había estallado. En un alarde de reflejos lo estrellé en el suelo y los cristales se dispersaron por toda la cocina. Ella irrumpió:

- ¡Nico! ¿estas tonto o que ? Lo que tu tienes es mucho cuento; Ahora mismo te vas al colegio.

En clase de trabajos manuales tapé la grieta de la flauta con plastilina marrón, que era lo que más se parecía a madera.

El recreo lo pasé con La tarara mientras los chicos apellidados de la A a la M jugaban despreocupados una pared. Mi flauta sonaba decididamente mal. Emitía un sonido muerto de cadáver gangoso cada vez que yo soplabla. Tenía miedo a ser descubierto con mi tapón de plastilina. Mascerdá nunca tenía piedad y el suspenso, quizás con un serio castigo, estaba asegurado.

Llegó la hora de Música. Nos sentamos junto a la pared.

Solo un milagro podía salvarme. Quizás nevara. Me dirigí a Dios, al padre, el Dios de mi madre, el de la barba. El lo podía todo.

Llamaron a la puerta y la directora entró y habló un momento con Mascerdá. Nada que no pudiera sino alargar la agonía.

- Nicolás, por favor, acompáñanos. Ha ocurrido algo muy grave.

- ¿yo ?

- Si, Nicolás Uceró.

Después de todo, Dios existía, pensaba yo.

Fuera de la clase la directora me abrazó y me miró a los ojos.

- Nico, hijo, ha ocurrido algo terrible.

Lo demás no lo recuerdo con precisión. Muchos eufemismos y opiniones reprimidas.

Y mi padre incrédulo y mis asustadas hermanas. Y mis abuelos. Y todos mis tíos. Y mis vecinos. Todos menos mi madre.

Ella se fue con el té de mercurio.

Todavía la cabeza de Bethoveen con el cuerpo de Mascerda se me aparece en sueños para recordarme.

~~~~~